

PRÓLOGO

Decir «lecciones de los Evangelios» significa escuchar y aprender, atender y asimilar las lecciones del magisterio del Señor, de Jesús, Verbo de Dios encarnado, Dios y hombre verdadero. No hay magisterio humano histórico, que pueda compararse, ni de lejos, con las enseñanzas del Divino Maestro.

Desde el momento de su concepción virginal en el seno de la Santísima Virgen y desde su nacimiento asimismo virginal en Belén, Jesús, Verbo encarnado, Dios y hombre verdadero, ha dividido la historia de la humanidad en dos vertientes. Como ha descrito, con su extraordinaria capacidad expresiva, el gran teólogo Hans Uhr von Baltasar, la entrada de Jesús en la historia proyecta luz divina no sólo hacia adelante, el *post Christum*, sino además sobre el pasado, el *ante Christum*. Es presencia al mismo tiempo prospectiva y retrospectiva.

En los capítulos de este intento de libro sólo puede atender el autor a algunos sectores del magisterio del Señor, con la única singularidad de los puntos de vista, en que se sitúa la perspectiva de aquellos, adelantando, como leal y obligado aviso previo, que el autor ni es teólogo ni exegeta, aunque sí constante lector devoto de los Evangelios y de su inspirado y magno comentarista complementario, San Pablo.

En el imponente capítulo primero del Evangelio de San Juan está la clave del misterio de la genuina fe cristiana. Cuatro afirmaciones deben destacarse, a nuestro propósito, en ese impresionante prólogo (Jn 1, 1-18).

Primera: *In principio erat Verbum*, la preexistencia del Verbo, del Unigénito, eternamente anterior al comienzo de la creación del universo. Segunda: *Deus erat Verbum*, Dios era el Verbo. Definición en la que el sujeto es el Verbo y el predicado, humanamente hablando, Dios. Divinidad de Jesús. Tercera: *Et Verbum caro factum est*, y el Verbo se hizo «carne», se hizo hombre. El Verbo, que era y es Dios, asumió personalmente una naturaleza humana, única, inigualable, unida hipostáticamente al Verbo,

al Unigénito del Padre. Humanidad virginalmente concebida, virginalmente nacida, cuyo nombre, divinamente elegido e impuesto, es Jesús. Y consiguientemente: *Et habitavit in nobis*, habitó entre nosotros, plantó su tienda de campaña en nuestro suelo. Y cuarta afirmación: *Deum nemo vidit umquam*, a Dios nadie le ha visto jamás. «El Unigénito Dios, que está en el seno del Padre, Él personalmente lo ha revelado».

Realidad confirmada por el inicio de la Carta a los Hebreos: «Dios, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, a quien ha constituido heredero de todo» (Hebr 1,2). Es a Jesús, a quien el Padre declaró, como Hijo querido, en el Jordán, y a quien de nuevo bendijo en el Tabor, con el sustancial y definitivo añadido del *Ipsium audite*, escuchadle a Él como supremo Señor, Maestro y Redentor.

Todo el contenido de este estudio responde a esta amorosa orden divina. Y responde también a la necesidad siempre urgente de recurrir a la audiencia fiel, a la obediencia sacrificada, al amor absorbente del Maestro, que vivió y vive entre nosotros, que nos redimió, liberándonos de la esclavitud del nefando príncipe de las tinieblas, y nos promete la eterna convivencia bienaventurada con la Trinidad santísima. Realidad de presente y perspectiva de futuro, que actualmente corre el peligro del olvido, de la deformación y del abandono.

Los cristianos somos portadores de la divina memoria histórica y testigos de la única realidad permanente de la vida humana. El Jesús, que a los doce años asombra a los maestros de la Ley en el Templo, el Jesús que fatigado se sienta en el pozo de Jacob, el Jesús que cura al paralítico de la piscina probática, el Jesús de Betania y el Jesús redentor, el de la cruz, era Dios y hombre paciente. Y el Jesús, resucitado, el del Cenáculo, el del camino de Emaús, y el del lago de Genesaret, era Dios y hombre ya glorificado como hombre.

El Jesús histórico, paciente, de los Evangelios y el Jesús, glorioso, de la fe, es la misma Persona: El Unigénito, redentor de la humanidad con su muerte en la cruz y su resurrección gloriosa del sepulcro al tercer día.

Capítulo 1

«ESCUCHADLE»

Pueden servir de introducción, y asimismo de justificación del presente escrito, dos tesis espirituales, de idéntico contenido y distinta forma expresiva, dos geniales y realísimas afirmaciones de San Agustín: *Deus est mihi intimior intimo meo, e in interiori hominis habitat Veritas*. Sentencias con las que resume el santo Obispo de Hipona el supremo misterio, la suprema realidad vital de la persona humana. De todos y de cada uno: «La intimidad de Dios en mí es superior a mi propia intimidad», y «en el interior del hombre habita la Verdad».

Es cierto que el inmenso número de las almas sencillas santas no necesita la consideración detenida del conjunto de textos evangélicos, que aquí se reúnen. Pero es igualmente cierto que para algunos fieles –no pocos en número– tal florilegio puede servir de poderosa ayuda y de consolador estímulo para santificar su vida, serenar su espíritu, y acrisolar el servicio y el amor, que al Señor y al prójimo debemos. El Señor, el Unigénito del Padre, hecho hombre, Jesús, lo es todo para nosotros por expresa voluntad de la Trinidad Santísima.

Como motivo adicional de la exposición de cuanto sigue, me atrevo a manifestar una opinión, simple opinión personal, que considero objetivamente fundada, pero sobre la cual coloco un acento puramente subjetivo, que estoy dispuesto a retirarlo, si no es correcto.

Me explico. Que Jesús, nuestro Redentor, nuestro todo, sea objeto de una preferente devoción y entrega es absolutamente y santamente necesario, y clave suprema inigualable de nuestra santificación. Él es nuestro camino, nuestra luz, nuestra verdad, nuestra vida, nuestro alimento, nuestro consuelo, en una palabra, nuestro Redentor. Y que su sacratísimo Corazón sea término permanente de nuestra adoración es de todo punto necesario.

Pero es necesario también que los cristianos tengamos siempre a la vista la realidad, la presencia del Espíritu Santo. Y me parece que la piedad cristiana es consciente, y practica la correspondiente adoración devota de

este «supremo consolador» y «dulce huésped del alma». Las dos manifestaciones himnicas medievales, la de la secuencia del *Veni, sancte Spiritus*, y del canto *Veni, creator Spiritus* son definitiva prueba de la vivencia devocional de la Iglesia a la Tercera Persona de la Santísima Trinidad.

Parece, en cambio, que la atención y la devoción de parte del pueblo creyente al Padre eterno no disfrutaban del tiempo y de la amorosa y agradecida atención personalizada, que con tanta razón y tantos motivos merece y exige. Bien es verdad que la *devotio* y la adoración y la súplica al Padre tienen en el sacrificio de la Misa lugar preferente, central, diario, universal y agradecido. Pero la pastoral común cotidiana no parece que subraye y preste la atención debida a esta capital y necesaria orientación de la piedad cristiana. Y convendría que en la predicación se hablara más de la necesidad de atender con la debida frecuencia y asiduidad a la adoración y devoción al Padre eterno. Es, repito, mera opinión personal lo que acabo de decir.

También las oraciones colectas de la Misa de nuestro Año Litúrgico y los prefacios del Canon de la Misa –«Señor, Padre santo, omnipotente y eterno Dios»– ofrecen una providencial cantera para la oración y el diálogo confiado con el Padre. Todo un gran eucologio podría con solo aquéllas y éstos formarse.

Es la entera Trinidad Santísima la que nos ama y es la entera Trinidad, a la que debemos adoración, gratitud, admiración y reparadora petición de perdón. Con el sustancial dato añadido de que a Ella debemos el sacrificio redentor del Unigénito hecho hombre, humanado, Jesús, Rey glorioso de todo el universo, del reino angélico y de la entera humanidad.

Un solo camino, de ida y vuelta

Nemo potest venire ad me, nisi Pater, qui misit me, traxerit eum; et ego resuscitabo eum in novissimo die (Jn 6,44).

«Nadie puede venir a mí, si el Padre que me envió, no lo atrae; y yo lo resucitaré en el último día».

Nemo venit ad Patrem nisi per me (Jn 14,6).

«Nadie va al Padre sino por mí».

Dos sentencias, que avisan al discípulo atento de las mociones capitales, que en su alma se operan, del camino de ida y vuelta, que la Beatísima Trinidad abre y mantiene en las honduras divinas de la fe movida por la caridad. Camino, que no cabe entender, a nuestra manera, como desplazamientos locales, sino como acciones personales interiores simultáneas de la sustancial unidad trinitaria en el alma del creyente.

En la primera sentencia, –discurso y anuncio de la Eucaristía–, hace Jesús dos advertencias inamovibles. Una, de presente absoluto. Otra, de futuro garantizado.

De presente absoluto: la necesaria atracción del Padre, que lleva de la mano al alma, ya aquí y ahora, al encuentro del Verbo Encarnado, Jesús. De futuro garantizado: la acción personal de Jesús en la resurrección, en la hora del Juicio Final, cierre del tiempo y de la historia, y comienzo definitivo de la eternidad, del *aevum*. Una moción interior paterna de presente permanente. Y una acción futura del Verbo humanado glorioso.

En la segunda sentencia, –discurso de la Última Cena–, la dirección del movimiento interior se invierte: el único camino para llegar al Padre eterno es el Verbo hecho hombre, Jesús. Lo recordó el Señor en su respuesta al apóstol Tomás: «Yo soy el camino» (Jn 14,6). El único.

En la dinámica de ambas mociones simultáneas el resultado es el mismo. Quien se deja atraer por el Padre llega a Jesús. Quien se deja atraer por Jesús llega al Padre. En el alma del creyente todo se opera con el realismo sobrenatural del silencio de Dios y la soledad divina de la conciencia abierta a las comunicaciones trinitarias.

A los maestros de espíritu y a los exegetas de la fidelidad toca exponer la riqueza excepcional de estas dos declaraciones del Señor. Aquí nos limitamos a subrayar la realidad de la común divinidad del Padre y de Jesús, Verbo encarnado; y particularmente la insistencia de Jesús en torno a la existencia, la presencia y la acción propia del Padre.

A lo largo de su vida, el Señor insistió en ellas. Ya a los doce años manifestó en el Templo de Jerusalén a la Santísima Virgen y a San José, que lo buscaban angustiados: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo ocuparme en los asuntos de mi Padre?» (Lc 2,49). Tras el regreso de los 72 discípulos de la misión que les había encomendado, Jesús, «lleno de gozo», se dirigió al Padre: «Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra» (Lc 10,21).

A punto de resucitar a Lázaro, el Señor «se estremeció profundamente» y oró: «Padre, te doy gracias, porque me has escuchado. Yo sé que siempre me escuchas» (Jn 11,41). Y del día y de la hora del Juicio Final «nadie los conoce, sino sólo el Padre» (Mt 24,36). También anticipó el nombre del Padre en la futura llamada definitiva a los bienaventurados: «Venid, benditos de mi Padre» (Mt 25,34).

Jesús mencionó, con suma frecuencia y calculada insistencia, al eterno Padre, recabando así la adoración que se le debe. Forma toda una cadena reveladora el conjunto de menciones evangélicas del Padre, que de mil maneras hizo Jesús en su predicación: es el dueño del viñedo (Jn 15,1), el sembrador de las plantas (Mt 13,13), el que ve en lo escondido al que ora (Mt 6,6), el que cuida de toda la naturaleza (Mt 10,29), el perdonador de los pecados (Mt 6,14-18). Cuando los Apóstoles le pidieron que les enseñara a orar, les expuso el «Padre nuestro, que estás en el cielo» (Mt 6,9), porque «uno solo es vuestro Padre celestial» (Mt 23,9). Y como corona de todo, habló del Padre con su solemne y definitiva autodeclaración: «Yo y el Padre somos uno, somos unidad» (Jn 10,30).

Importa sobremanera que en la conciencia de los fieles se mantenga activo este vital reconocimiento básico y devoto de la presencia y de la obra del Padre eterno en las almas. El duro reproche del Señor a los fariseos lo resume todo: «Ni me conocéis a mí, ni a mi Padre; si me conocierais a mí, conoceríais a mi Padre» (Jn 8,19).

Audiencia y práctica

Omnis qui audit a Patre et didicit, venit ad me (Jn 6,45).

«Todo el que escucha al Padre y acepta su enseñanza, viene a mí».

Lo que sigue es un desarrollo explicativo de lo anterior, de la grave advertencia dominical, que las dos sentencias precedentes recogían. Con el esclarecedor aditamento, tras las mociones simultáneas del Padre al Hijo y del Hijo al Padre, de que el Padre no solamente atrae, sino que además habla personalmente al alma, y de que ésta oye, escucha, atiende y obedece la voz recibida del Padre. Se sitúa asimismo esta expresa locución

paterna en tiempo de presente, aquí en el tiempo, ahora. La atracción, con que el Padre lleva al alma a Jesús se ve acompañada de las palabras expresas, personales del Padre, y de la audiencia del alma, que, si es fiel, las secunda, y si no lo es, las desobedece, o ni siquiera las atiende. Ya lo advirtió el Señor, durante su vida pública, en el Sermón de la montaña: «No todo el que me dice ¡Señor! ¡Señor! entrará en el Reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celeste» (Mt 7,21; cf. Lc 6,46).

Este punto de las palabras del Padre al alma requiere confirmación explicativa. Habló el Padre eterno en vida de Jesús y sigue hablando en el corazón de los fieles.

Habló el Padre, con locución humana, en el Jordán y en el Tabor. Con dicción, tono y acento harto distintos de la voz del Sinaí, ante el colectivo del pueblo liberado, o de forma privada, personal, ante Moisés de palabra, o ante Elías con el paso de una singularísima brisa suave.

Dio el Padre testimonio en el Jordán, con motivo del bautismo del Señor: «Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco» (Mt 3,17). Palabras del Padre, acompañadas de la presencia del Espíritu Santo. Palabras que no sufren la erosión del tiempo. Siguen resonando. Y segundo momento: en la transfiguración del Señor en el Tabor. De nuevo, el mismo testimonio del Jordán, con un paterno añadido sobremanera importante, dirigido a los Apóstoles y en ellos a sus sucesores: «Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco; “escuchadle a Él”» (Mt 17,5). El *audivit* y el *didicit* de Juan como exhortación obligatoria están preseñalados en el *Ipsum audite* de Mateo.

Es necesario subrayar este nuevo dato en la locución paterna del Tabor. No basta oír. No es suficiente escuchar con atención. Es necesario, indispensable «aprender», vivir, obedecer la voluntad del Padre, que se remite a la enseñanza de Jesús: «Oídle, escuchadle, obedecedle a Él».

Los tres testigos privilegiados del Tabor, «los considerados como columnas» (Gal 2,9), recordaron la suma importancia de esta orden divina y la consignaron, cada uno a su manera y en el momento oportuno, años después.

Pedro, cabeza visible de la Iglesia, Juan, corazón ardiente de la Iglesia, y Santiago, protomártir del Colegio apostólico, nos han transmitido la consigna de la audiencia seguida, acompañada de la práctica de las obras.

Pedro:

«Esta voz bajada del cielo la oímos nosotros, cuando estábamos con Él en el monte santo» (2 Pt 1,18).

Juan:

«Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que hemos contemplado, lo que hemos palpado con nuestras manos acerca del Verbo de la vida,(...) lo que hemos visto y hemos escuchado os lo anunciamos también a vosotros, la vida eterna, que estaba junto al Padre y se nos ha manifestado» (1 Jn 1,1-3).

Santiago:

«Poned en práctica la palabra y no seáis simples oyentes, engañándoos a vosotros mismos... La fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma» (Iac 1,22;2,17).

Y San Pablo, acorde con ellos y recogiendo la normativa del Padre en el Tabor, reitera la obediencia, la práctica: «Lo que importa es la fe y que esta fe se exprese en obras» (Gal 5,6).

Jesús advierte que quien oye al Padre y obedece las palabras de éste, viene a Él. Y el propio Padre nos urge que oigamos a Jesús, es decir, que obedezcamos su enseñanza y sigamos su ejemplo. Con otros términos, la orden del Padre es que seamos discípulos fieles del magisterio del Unigénito hecho hombre, que le amemos y creamos en Él plenamente. Y surge aquí el tercer momento de estas consideraciones.

«El Padre eterno os ama»

Ipse Pater amat vos, quia vos me amastis et credidistis quia ego a Deo exivi (Jn 16,27).

«El Padre mismo os ama, ya que vosotros me habéis amado y habéis creído que yo salí de Dios».

Estamos -volveremos más adelante sobre esta declaración de Jesús- ante una de las manifestaciones más solemnes, más impresionantes, del discurso de la Última Cena. Explicada y corroborada por el mismo Señor.

Con un término comparativo, que aumenta el asombro: «Los amas a ellos como me amas a mí» (Jn 17,23). Declaración, que, en cuanto al término comparativo, debe estimarse en sus obligados y respetuosos términos.

Dejo en las manos expertas de los teólogos el tratamiento de la importante cuestión del real amor de Dios a todos los hombres y la consiguiente voluntad salvífica universal de Dios. Circunscribo el comentario presente a los términos y a los concretos destinatarios, a los que Jesús se dirigió: a los Apóstoles, y en ellos, a sus sucesores y a todos los creyentes en Él (cf. Jn 17,9-12). El Padre eterno amaba a los Apóstoles y ama a cada cristiano con un amor divino, que semeja el que tiene el Padre al Hijo encarnado. Estamos ante el misterio de la incorporación de los fieles a su Redentor, ante la realidad del Cuerpo Místico de Cristo: «Todos vosotros sois uno en Cristo» (Gal 3,28).

Lo reafirmó Jesús en la misma ocasión: «Yo en ellos y tú en mí» (Jn 17,22). Porque, declaración autotrinitaria, «todo lo que tiene el Padre es mío» (Jn 16,15), y «el que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14,9).

La figura del padre del hijo pródigo (cf. Lc 15,11-32), corriendo, pese a sus años, al encuentro del hijo, extenuado, descalzo, deshecho, acogiéndolo y abrazándolo, parece repetirse en estas palabras cuasi testamentarias de Jesús. Con la advertencia necesaria de que entre la figura paterna de la parábola y la realidad, afirmada por el Señor, del amor del Padre eterno, median una diferencia y una distancia infinitas.

El mejor comentario, la explicación superautorizada de esta realidad humanamente incomprensible del amor del Padre eterno al cristiano, lo dio el inmenso Pablo en su carta a los efesios. Texto tan claro y tan conmovedor y tan poco conocido del común de los fieles, que merece reproducirse aquí en su entera redacción.

«Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que nos ha bendecido en la persona de Cristo
con toda clase de bendiciones espirituales y celestiales.

Él nos eligió en la persona de Cristo,
antes de crear el mundo,
para que fuésemos santos
e irreprochables ante Él por la caridad.
Él nos ha predestinado en la persona de Cristo,

por pura iniciativa suya,
a ser hijos adoptivos, por medio de Jesucristo,
para que la gloria de su gracia,
que tan generosamente nos ha concedido
en su querido Hijo, redunde en alabanza suya.

En él, por su sangre,
hemos recibido la redención,
el perdón de los pecados.
El tesoro de su gracia, sabiduría y prudencia
ha sido un derroche para con nosotros.
Este es el plan benévolo,
que había proyectado realizar por Cristo,
cuando llegase el momento culminante:
Recapitular en Cristo todas las cosas,
las del cielo y las de la tierra.

En Él también nosotros
hemos sido hechos herederos,
destinados de antemano
según el designio del que todo lo hace
conforme a su libre voluntad.
Así nosotros, los que tenemos puesta
nuestra esperanza en Cristo,
seremos un himno de alabanza a su gloria.

En él también vosotros,
los que habéis escuchado la palabra de la verdad,
–que es el Evangelio que os salva
y en el que habéis creído–,
habeis sido marcados
con el sello del Espíritu Santo prometido,
que es garantía de nuestra herencia,
para la plena liberación del pueblo de Dios
y alabanza de su gloria» (Ef 1,3-14).

Huelga, hasta cierto punto, todo comentario. La realidad divina de la infinita caridad del Padre hacia el creyente apenas si puede lograr albergue expresivo en las palabras de Pablo. Pero ahí están para conocimiento, asombro y agradecimiento de todos cuantos queremos vernos en sus destinatarios. Porque la revelación del Señor en la Última Cena y las palabras de Pablo, pronunciadas en momentos históricos dados, mantienen vigencia y actualidad permanentes. Todos somos destinatarios directos de las mismas. Jesús nos advirtió: «No me elegisteis vosotros a mí, sino yo a vosotros, y os designé para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto permanezca» (Jn 15,16). Y podemos añadir que no hemos elegido nosotros al Padre. Es el mismo Padre, personalmente, *Ipse*, el que nos ha elegido a nosotros en el Hijo, en el Unigénito hecho hombre; y es el Padre, personalmente, quien nos hace dignos de servirle en su presencia, por los merecimientos de Jesús.

«He manifestado tu nombre a los hombres que escogiste del mundo y me los confiaste; tuyos eran y tú me los confiaste, y ellos han guardado la palabra» (Jn 17,4). «Han aceptado mi enseñanza» (Jn 17,8). En cambio, «el que me odia a mí, odia también a mi Padre» (Jn 15,23.24).

Maestros de la fe

Otra sentencia divina, abierta a la entera historia de la Iglesia y a la personal consideración agradecida de los fieles.

Qui vos audit, me audit; et qui vos spernit, me spernit; qui autem me spernit, spernit eum, qui me misit (Lc 10,16).

«El que os escucha a vosotros, a mí me escucha; y el que os rechaza a vosotros, me rechaza a mí; y el que me rechaza a mí, rechaza al Padre que me ha enviado».

Se repite esta cadena de audiencias, con meras variantes verbales, en Mt 10,40 y en Mc 9,37-41. Tres escalones unidos: el inferior, el humano, autorizado por expresa encomienda divina directa; y los dos superiores, divinos, de la suprema entidad trinitaria: la misión del Padre encargada al Unigénito humanado, y la enseñanza y la redención de la humanidad por Jesús, en obediencia al Padre.

El texto de Lucas sobre los tres escalones, que el Señor había anticipado en Cafarnaún (cf. Mc 9,36), se vio confirmado posteriormente en el discurso de la Cena postrera, cuando el Maestro anticipó a los Apóstoles, y en ellos a los sucesores de éstos, las dificultades y persecuciones inherentes a la misión evangelizadora: «Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros; y si han rechazado mi enseñanza, también rechazarán la vuestra» (Jn 15,20). Lo había advertido con absoluta claridad durante la vida pública.

San Juan, años después, recordó la advertencia del Señor: «El que conoce a Dios nos escucha, y el que no es de Dios no nos escucha» (1 Jn 4,6). Y recordando las palabras de la Cena añadió: «Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis unidos a nosotros, como lo estamos nosotros con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1 Jn 1,3). Reiteración de la escala de las tres uniones.

Tramo grave de la evangelización, fijado, definido, por el propio Jesús. Prolongación ineludible de la misión, inicial, la de los Apóstoles, sostenida en el tiempo por sus legítimos sucesores hasta el final de la historia. Eco divino del *Pastores dabo vobis*, prometido en el Antiguo Testamento.

El imperativo del monte Tabor sigue resonando: «Escuchadle a Él». Y la palabra, la enseñanza, el sacrificio del Verbo humanado siguen activos, vibrantes, eludiendo el paso de los tiempos. Él es el *solus Sanctus*, el *solus Dominus*, el *solus Altissimus*, cifra imborrable, suprema cumbre única, de la que San Pablo nos dejó el retrato inmortal, con el que se cierra este primer capítulo, que bien puede calificarse de introductorio.

«Demos gracias a Dios Padre,
el cual nos ha hecho capaces de compartir
la herencia del pueblo santo en la luz.
Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas
y nos ha trasladado al reino de su Hijo querido,
por cuya sangre hemos recibido la redención,
el perdón de los pecados.

Él es imagen de Dios invisible,
primogénito de toda criatura;
porque por medio de Él
fueron creadas todas las cosas:

celestes y terrestres, visibles e invisibles.
Tronos, Dominaciones, Principados, Potestades;
todo fue creado por Él y para Él.
Él es anterior a todo, y todo se mantiene en Él.
Él es también la cabeza del cuerpo de la Iglesia.
Él es el principio,
el primogénito entre los muertos,
y así es el primero en todo.
Porque en Él quiso Dios
que habitase toda la plenitud.
Y por Él quiso reconciliar todos los seres:
los del cielo y los de la tierra,
haciendo la paz por la sangre de su cruz».
(Col 1,12-20).

Oídle, obedecedle, amadle. «La fe depende del mensaje que se escucha, y ese mensaje llega a través de la palabra acerca de Cristo» (Rom 10,17). «Si escucháis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones» (Sal 95,7; Hebr 3,15). «El que tenga oídos, que oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias» (Apoc 2,17). Conscientes siempre de que dentro del *mysterium Christi* se encierra el *mysterium crucis*.